

rojo. Veían ya en espíritu los asesinatos del 95, los compañeros de Jehu, las matanzas de Marsella, la roca sangrienta de Tarascon, los mil cuatrocientos padres de familia fusilados en los alrededores de Angers por bandidos y desalmados. «O matamos hoy á los ladrones ó mañana seremos sus víctimas», dijeron cuerdamente algunos representantes.

Lo que resultó cierto es que aun los más exaltados representantes pudieron con dificultad contener la extremada violencia de sus correligionarios, de los hombres de la localidad.

No, no pudo juzgarse á uno solo de los representantes que desempeñaban misiones. Entre ellos y sus enemigos hubiera sido muy desigual el proceso. Lequinio, por ejemplo, Hentz ó Francastel habían aplicado en todo su rigor las leyes en las grandes poblaciones; pero ¿no era esta conducta la represalia de los bárbaros fusilamientos de Charette, de la Vendée?

¿El más hábil de los hombres del mundo, el más justo si se quiere, que, lejos de la acción y de los intereses, pasa su vida pronunciando discursos entre la familia Duplay, los Jacobinos y la Asamblea, sin otro movimiento que el necesario para marchar de una á otra casa de la calle de Saint-Honoré, podía apreciar los designios de estos terribles vengadores de la Revolución? Lejos del centro de acción, volviendo la espalda á los acontecimientos, iba á dejar morir al único pueblo capaz de luchar por la libertad del mundo.

Sacrificábanse los hombres. Unos entraban en el mundo de la política para marchar directamente á la muerte, conservando en el supremo instante un vago recuerdo de lo que habían hecho. Por medio de la fuerza sobrehumana que desarrollaban, salvaban poderosos abismos. Si á sangre fría se les hubiese dicho lo que habían ejecutado, seguramente que su estupefacción no hubiese tenido límites y hubieran retrocedido, diciendo: «¿Y quién ha hecho todo eso? Nosotros no sabemos nada.»

Estos infortunados cuando regresaban de su misión encontraban la fría y severa cara de un juez que en cada uno de sus discursos nombraba en tono de amenaza y de reproche el equilibrio moral y cívico, la línea fija que se había de seguir bajo pena de muerte. Era aquella ley como un cable colocado por encima del mar obligando á los hombres á que caminasen por él.

Cualquier desliz daba con ellos en el fondo de las aguas.

Es cierto que no había más que un político, ni aun esto tampoco, un moralista severo.

Su severidad natural, su gratuita traducción de cuantos actos ejecutaban los demás, viéndolo todo por el prisma de la «traición, corrupción, venalidad, inteligencia con el extranjero» introdujo honda perturbación en los asuntos públicos, dando lugar á que se calumniasen los representantes unos á otros.

Al prodigar los representantes su sangre lo prodigaban todo.

Bourbotte en una comida que hizo en Tours se indigna viendo que no hay más que seis bujías sobre la mesa. Siempre lo arrastraban cuatro caballos; Merlin vivía como un general. Usaba mostachos. Robespierre previó por este hecho el futuro poder militarista. Otro crimen de Merlin: corrió locamente el ciervo (sin duda con los perros del rey), de lo cual dedujo Robespierre que poseía una fortuna regia.

Este moralista extraño, provisto de unos cristales de aumento, veía las faltas de esta índole del tamaño de la traición de Tolon ó de la de Dumouriez. Veía lo que se le mostraba acogiendo crédulamente cuanto venía de los departamentos contra los representantes del pueblo. Cuantos testigos de su efímera tiranía llegaban á París sumábanse á los elementos de Robespierre.

Del 15 de Enero al 13 de Marzo llegan uno á uno los representantes y Robespierre, que quería tenerlos á todos en París para comenzar el proceso con todas las acusaciones, solapadamente, se hace el enfermo hasta que pasa el tiempo deseado.

¡Peligroso é injusto proceso que abierto por él contra sus enemigos continuó después de él contra sus amigos y contra la Revolución! Este proceso en el 95 hizo sentar en el banquillo de los acusados á doscientos representantes y después colocó á la Convención ante el país. Era esta una pendiente fatalmente inevitable, una vez abierto el proceso.

Así terminó aquel terrible, heroico y sangriento año.

El 94 debía de prestar grande gratitud á su padre el 93 que lo engendró, realizando un esfuerzo desesperado, triunfando de la muerte, franqueando pasos cerrados á toda persona, abriendo á la vida nuevas tierras, vastos horizontes, otros cielos.

Llegaba el nuevo año, insolente por las victorias que alcanzó el autor de sus días, de las grandes creaciones hechas con la fuerza de la juventud heroica, alegre, olvidadiza.

Llegó ignorando lo que habían hecho por él. El órgano de su severidad era un hombre frío, inflexible, de triste y amarga naturaleza, en quien la virtud, el bien, el mal, el interés y la abnegación, todo debía de sujetarse á un examen analítico, despiadadamente justo. No había ni en la Convención ni en la República un solo hombre que pudiera decir que estaba seguro. Ningún patriota podía volver la vista que no viese en su pasado algo que Robespierre había de juzgar.

El más jacobino de los Jacobinos, Montaut, decía: «De setecientos cincuenta que somos puede que queden unos doscientos cincuenta.» El mismo David llegó á tenerle miedo á su maestro. «Creo—dijo—que de la Montaña no quedaremos más que unos veinte miembros.»

Pero ¿aquellos doscientos, estos veinte estaban seguros de poder vivir? ¿Veían bien la línea trazada por Robespierre?

La sagacidad de su fría estrategia, que tras la aparente inmutabilidad de sus doctrinas hacía concebir esperanzas á más de un partido,

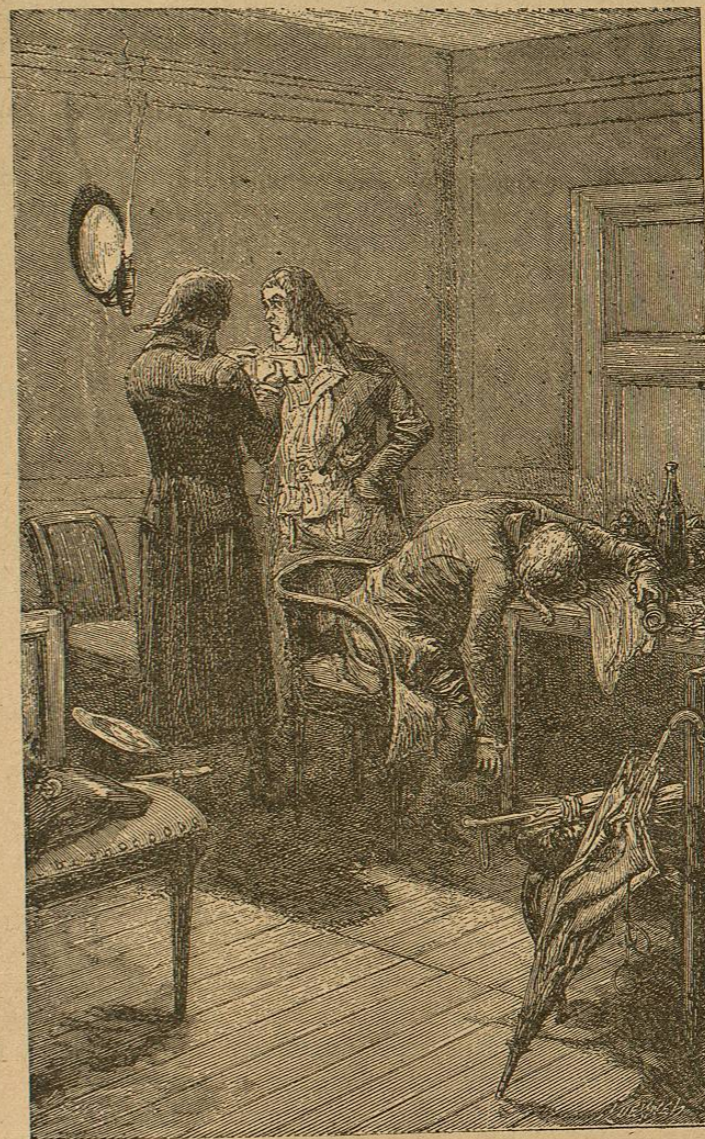
turbaba, oscurecía la línea señalada por él que conducía á la Revolución.



MADAMA TALLIEN

En Lion, por ejemplo, ocurría lo siguiente:
Tal recuerdo había dejado Couthon de sus inspiraciones moderantistas, que los partidarios de los procedimientos de clemencia, creyéndose seguros bajo su tutela, se aventuraron contra Collot en Diciembre, mostrando la petición realista escrita por Fontanes.

En Marzo recordó á Javogue amigo de Collot y conocido por su exaltación.



Hasta á ellos llegaban cuantos acuerdos se iban á adoptar. (Pág. 339)

Fouché había decretado la supresión de la miseria cargando contribuciones enormes sobre los ricos para nutrir á los pobres. Los ricos esperaban que Robespierre los librara de Fouché.

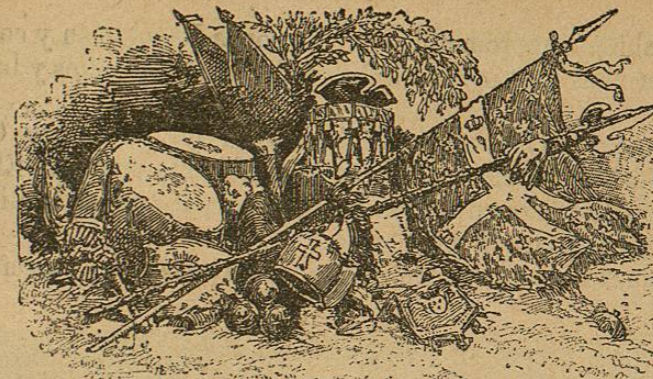
Pero, por otra parte, cuando los exagerados querían ejecutar al pie

de la letra el famoso decreto: «*Ya no existe Lion*», amenazando la propiedad, Fouché los reprime vigorosamente y entonces buscan el apoyo de Robespierre, que habla en favor suyo.

Todos en Lion se dirigen á él creyendo ver una esperanza.

Esta táctica del jefe confundía á los robespierristas que lo seguían siempre—aunque fuera considerándolo como principio político—llegando á convertirse el apasionamiento en sumisión incondicional, en personal idolatría.

Es decir, crearon dentro de la Revolución un objeto de adoración monárquica.



CAPITULO IV

**Ataques de Desmoulins contra Robespierre (Febrero del 94).—
Robespierre amenaza á los dos partidos valiéndose de
Saint-Just (26 de Febrero del 94)**

Los montañeses contra Robespierre.—Aplanamiento general.—Alianza.—Solo Desmoulins no la consiente.—El infortunio de Fabre de Eglantine.—Lucila lo anima.—Sus ataques contra el comité de Seguridad.—Sus ataques contra Robespierre.—Inquietud de Robespierre.—Robespierre enfermo.—Alármale la actitud de la Convención.—Llama á Saint-Just.—Parece que Robespierre se aparta de sus doctrinas.—Como elevó la figura de Saint-Just.

La estrategia de Robespierre al terrorizar la Montaña daba por su resistencia una unidad en la que se hundían cuantas alianzas creábanse contra él. Todos se sentían perdidos si no aprovechaban aun su ascendiente en la Convención para que ésta aprobase á los montañeses, de suerte que al entablar el proceso Robespierre, se le pudiera decir: «Ya es cosa juzgada.»

La Montaña, pues, en semejante situación no pronunció palabra alguna que pudiera ofender el honor de ningun representante, conociendo que todo serviría de materia de acusación al enemigo.

Elogió á todos los representantes, hebertistas ó dantonistas y amnistió á otros, con gran contentamiento de los verdaderos patriotas que sabían que en semejante crisis no se podía tocar á los culpables sin comprometer toda la representación nacional y aun la misma República.

Se acogió no solamente á Lacoste y Baudot, que llegan del Rhin cargados con sus gloriosas banderas y de su no menos gloriosa desobediencia; no solamente á Charles, herido gravemente en la campaña y maltrecho de las calumnias jacobinas, si no también á hombres tan discutibles como Freron, culpables como Tallien, furiosos hebertistas como Javoque, Lequinio, Carrier mismo. No se veía en ellos más que hom-